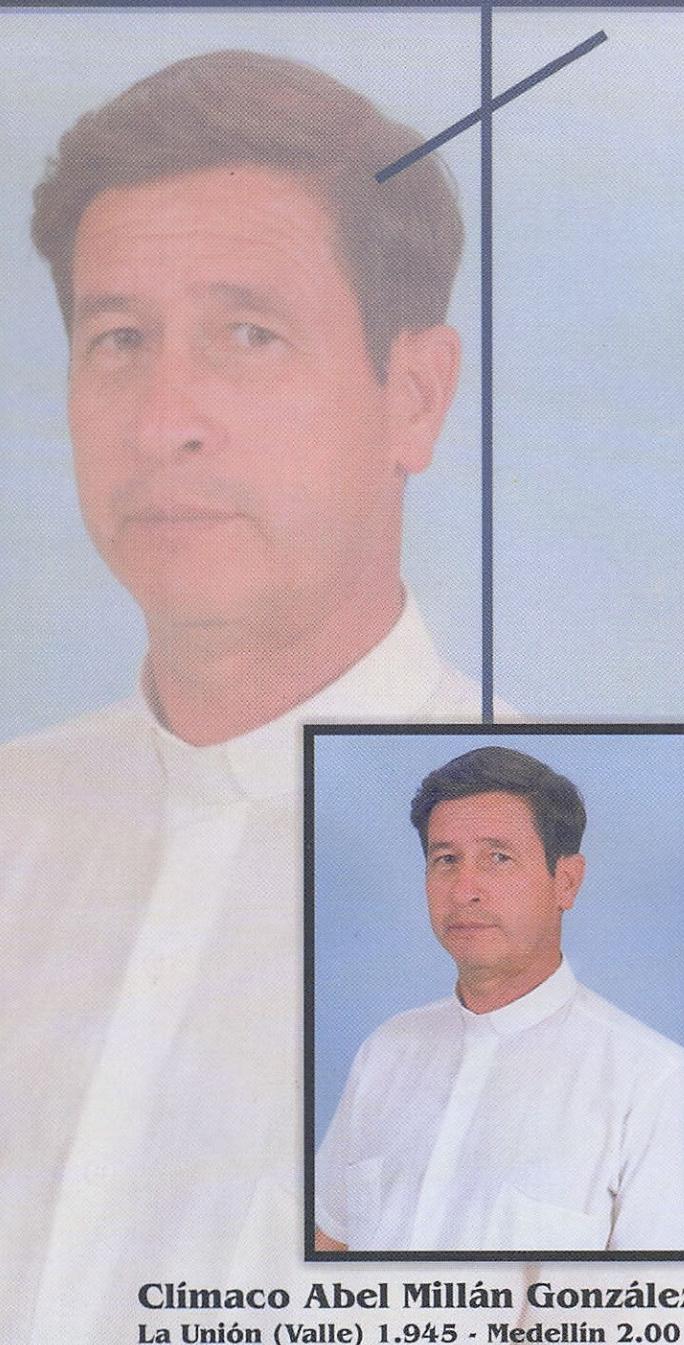


INSPECTORIA SALESIANA

San Luis Beltrán

MEDELLÍN - COLOMBIA

Beltrán



Clímaco Abel Millán González
La Unión (Valle) 1.945 - Medellín 2.001

648006
125.2.2001

**ALGUNOS RECUERDOS EN TORNO A LA PERSONA
DEL SALESIANO**
CLÍMACO ABEL MILLÁN GONZÁLEZ

Tenía 55 años. El pasado 18 de enero ajustó 34 años de salesiano. En su propia «Reseña histórica», escribe que fue bautizado el 26 de agosto de 1945, a los 15 días de haber nacido, y que en 1947, el 11 de julio, fue confirmado por Monseñor Adriano Díaz, Arzobispo de Cali. A los 9 años hizo la primera comunión. Cuando tenía 14 años era uno de los 12 acólitos de la Iglesia de su pueblo.

En 1960 le decían «tablitas». Al hombro, desde el patio principal y hasta el coro, subía las tablas que formarían el órgano de la «Casa de abajo» (hoy colegio Santo Domingo Savio) de La Ceja. Era un «pelao» de 15 años que, venido de La Unión (Valle), se arrimaba a don Bosco como seminarista menor. El mismo escribió: «El 30 de enero de 1960 fui con mi tía María Teresa al «San Bosco» para hablar con el P. Alfonso Rodríguez y el P. Provincial, Carlos Julio Rojas, para ir a La Ceja a estudiar y me dieron media beca: setenta y cinco pesos (\$ 75,00) para poder cursar el bachillerato. El 05 de febrero viajamos a La Ceja con José Libardo Rojas y Hernán Gómez, acompañados por familiares. Nos recibió el P. Jorge Nieto. Mucho frío.

En 1961, después de cursar 5º de primaria (preparatoria), pasé a 1º de bachillerato y el P. Octavio Pérez -hoy- fue asistente

mío y me dijo que si deseaba ser SALESIANO tenía que aprender a motilar ... y me tocó.

En 1963 subimos a «la casa de arriba» para cursar tercer grado de bachillerato.

En 1966 entra al noviciado que, en ese entonces, funcionaba en Copacabana. Eran 15. Entre ellos descollaban Vidal Niebles Ordóñez y Jorge Eliécer Marulanda. Su Maestro de novicios es el santo padre Angel Sepúlveda y el socio asistente el P. José de Jesús Leguizamón.

Y después de la profesión religiosa el 18 de enero del 67, se va a terminar el último grado de bachillerato, mientras que sus compañeros Vidal y Jorge arrancan para el filosofado.

Entre el 68 -70 hace filosofado. En 1970, contaba el P. Carlos Montalvo, atendía un pordiosero que se allegaba a dormir debajo de las escalas que conducían al segundo piso del filosofado de Llanogrande.

En 1971 se estrena como tirocinante en Ibagué (san Jorge). Allí estuvo hasta mitad de año, pues le renuevan la obediencia como asistente en el seminario de La Ceja, casa de abajo. Les daba clases a los 120 seminaristas de aquel entonces. Asistía el dormitorio pequeño que lo integraban «los grandes» de aquella bella época. El director era el P. Oscar Posada. Su «celda» era impecable. Era supremamente ordenado y metódico. Trataba de no depender de nadie: él mismo le cogía, con hilo y aguja, el largo a sus pantalones. Ya la sotana clerical entraba en crisis

y él se presentaba ordenadamente bien con su impecable ropa de uso diario.

En 1973 hace su tercer año de tirocinio en el Instituto Pedro Justo Berrío de Ayacucho con Tenerife, en el tradicional sector de Guayaquil en Medellín, y a la vez adelanta su cuarto de filosofía en la Universidad Bolivariana.

Para 1974 está en Bogotá (Usaquén - La Cita) empezando su teología. Su director será el P. Augusto Aimar. El 20 de noviembre del 76 recibe el Diaconado por imposición de las manos de Monseñor Mario Revollo, Arzobispo de Bogotá, y un año después, el 07 de diciembre es ordenado presbítero para siempre. La concelebración la preside en la Unión Valle, Monseñor José Gabriel Calderón.

En su paso por el teologado de «La Cita», su personalidad marcó rastro. Los que llegaron después de él al teologado oían cómo los salesianos de entonces (Frydecky, Silvestre, Aimar, Mesié Castro...) lo recordaban por su originalidad. Tenía un particular estilo de ser: aparentemente hosco, pero muy apostólico. Todos hacían alusión a él con una sonrisa.

Apenas ordenado se convierte en «Pacli 78» y es destinado a La Ceja donde queda a órdenes del P. Juan Bautista Calle y de su compañero P. Vidal Niebles.

En 1979 lo recibe el colegio de Cartagena. Allí comparte fatigas con el P. Mario Restrepo en las lides pastorales.

En 1980, los más pobres de Medellín, los destinatarios de la

Ciudad Don Bosco, disfrutan de su presencia. En ese entonces la casa está bajo la dirección del P. Carlos Montalvo.

Pero el calor costeño lo «tira» y, desde 1981 hasta 1984, será el animador pastoral del colegio San Roque de «la arenosa» Barranquilla. Compartirá experiencias con su director el P. Justo Pastor Salcedo, y con salesianos como Ramiro Pérez y el P. Rafael Espinosa.

En diciembre de 1981 los niños pobres del Dormitorio don Bosco de Ibagué fueron a conocer el mar Caribe, liderados por el P. John Jairo Echeverry, coordinador, y don Fausto Macías, economista de la obra y en su estadía en «la puerta de oro de Colombia», conocieron al animador pastoral de san Roque: Pacli 81, como indicaba la placa que colocaba en las puertas de sus dependencias.

Estamos en el año 85. Clímaco ya suma 40 años y se encuentra de vicario de la obra Dormitorio don Bosco de la capital musical de Colombia. Allí se reparte actividades con su director y compañero de noviciado P. Jorge Marulanda. Estaba encargado de la tienda escolar donde se vendía algo de «parva» y gaseosas, sobre todo para los semi-internos que eran «los ricos» que manejaban unas pocas monedas de dinero de bolsillo. La tienda mejoró en presentación, en orden, en aseo, aspectos que siempre lo caracterizaron.

En 1986 está en Medellín, haciendo de todo en el Instituto Pedro Justo Berrio en compañía del P. Santiago Beltrán. Pero esa dicha no le duró más que un año, pues en el 87 el clima

ardiente de Barranquilla lo abriga de nuevo. Allí ha de trabajar con el P. Octavio Ramírez.

En diciembre de ese año, el P. Calle, Inspector, le pide colaborar, durante las vacaciones escolares, en la parroquia de María Auxiliadora de Tuluá. El no necesitaba presentación. Él se presentaba solo. Se metía por todas partes desde pre-escolar hasta 11º. Inmediatamente creaba confianza con todos: empleados, educadores, aseadores, padres de familia, personal de oficinas. Desde «el corazón del Valle» organizó una salida con los salesianos para La Unión a saludar los miembros de su casa paterna. Allí estaba su mamá, doña Beatriz, y todas sus hermanas y demás familiares. Se tomó un jugo de uva. Hasta se aprovechó el caluroso día para una sumergida en las llamativas aguas de las piscinas de los Grajales. Era un club abierto al público con muchas delicias para gozar.

Y Pacli 88 estrena el año centenario de la muerte de don Bosco como personal de la parroquia «El Carmen» de Ibagué. Durante tres años será el encargado pastoral de la escuelas de la parroquia.

La primera mitad del año 91 la gasta en el San Bosco de Cali como animador de la pastoral de la obra, y la segunda parte del año, asiste en Bogotá a un curso en ITEPAL.

Lo mejor de su aporte pastoral estaba por venir, pues en 1992 es nombrado párroco de «San Francisco de Sales» en el barrio Aures de Medellín. Recibe como herencia del P. Montalvo una parroquia bien conformada y dinamizada. Fueron sus mejores

años de labor sacerdotal. Los vivió con mucha intensidad. Se hizo amigo de todas las familias y sobre todo de los jóvenes. Le dio ambiente juvenil a la parroquia. Se hizo querer mucho. Hasta la fecha de su fallecimiento mantuvo vínculos afectivos con las gentes de Aures.

En 1993, durante 15 días estuvo en Santo Domingo participando en una reunión de párrocos de América Latina.

En el mes de agosto, día 22, estaba en La Unión, acompañando con su cámara y amistad, a su paisano Hobed Eudoro Rojas, quien cumplía sus primeros 25 años de alegría ministerial. El Parador Grajales, donde se efectuó el banquete de las bodas de plata sacerdotales, contó con la presencia del P. Clímaco y sus imperdonables fotos.

Tenía registros fotográficos de muchos salesianos y los enseñaba cuando alguien recordaba algunas efemérides: cumpleaños, profesiones, paseos. .. La fotografía lo apasionaba.

Cuando arriba a los 50 años de vida, le corresponde celebrar con mucha pompa los primeros 15 años de existencia de la Parroquia «San Francisco de Sales», su parroquia. Es el primer año de rectorado en Ciudad don Bosco del P. Darío Vanegas, quien se unió a todos los festejos, y lo acompañó y ayudó en todo.

Después de cuatro relucientes años como pastor de Aures, es enviado a Madrid (España) a actualizarse en asuntos relacionados con su ministerio. El 23 de septiembre viaja a la

capital española. Se hospeda en «La Pagoda», casa salesiana de la Inspectoría de León.

En casi un año que permaneció en Europa, aprovechó para conocer mucho. Todo Sitio importante que merecía ser visitado, lo grabó su infaltable cámara fotográfica: París, Lourdes, Portugal, Roma, Así... Le alcanzó hasta para atravesar el Mediterráneo y visitar Israel. Ciudad don Bosco de Medellín, en la persona del P. Darío, le dio «el empujoncito» económico para que realizara la peregrinación a la tierra que santificó Jesús con su presencia.

En diciembre del 96 tiene que volar de prisa desde Madrid hasta La Unión para presidir los funerales de su señora madre doña Beatriz González de Millán. Después del novenario, con el corazón empequeñecido por la pérdida, vuelve a surcar el océano Atlántico para continuar sus avatares en la capital de la península ibérica. Unos años antes, también con mucho dolor, enterró a una de sus hermanas que padeció enfermedad renal.

A mediados del año 97 regresa de España. No vino muy bien de salud. El frío europeo lo afectó mucho. Problemas de artrosis en los pies le impedían caminar bien. Empezó a usar calzado destapado y zapatos frescos y livianos.

A su desembarco en Colombia se allegó al pre-noviciado de Llanogrande. Un salesiano de Ciudad don Bosco fue a recibirlo para traerlo a Medellín. Durante el recorrido por la autopista Medellín-Bogotá, no hacía sino pedir unas fresas con crema.

Era el reclamo orgánico de una subida de azúcar alarmante. De manera que su llegada al país lo pone en exámenes médicos en la cardiovascular. Desde tiempo atrás se ayudaba con un marca- pasos. Después de unos días en «la tacita de plata» y, sintiéndose mejor, es nombrado vicario parroquial en san Roque de Barranquilla. Allí se instaló a partir del 11 de agosto, día de su cumpleaños número 52. Un escrito de un parroquiano en el boletín informativo inspectorial de esos meses, da cuenta de la excelente labor que va realizando en lares caribeños. La gente estaba contenta con él.

El 08 de febrero del 98 empieza a trabajar en Popayán como animador pastoral de la primaria. En el sur del país tuvo quebrantos especiales de salud debido a su diabetes. Su director, el P. Octavio Pérez, recuerda que en una ocasión le tocó llevarlo de urgencia en ambulancia (con sirena ululante y todo) a una clínica de la «ciudad blanca», en una de sus crisis de salud.

En julio de 2000 llega a su última obediencia: Colegio salesiano El Sufragio de Medellín. Vino a colaborar en la pastoral. El P. José Abel González, coordinador pastoral, debía trasladarse a Bogotá a terminar unos estudios pendientes de cristología, y al P. Vidal, provincial, le pareció bien reforzar la pastoral del colegio con la persona del P. Clímaco. Y así sucedió: Incansable confesor, asistente permanente en patios y corredores. A las 6:15 a.m. estaba en la puerta de acceso al colegio, saludando con el famoso «buenos días, buenos días, buenos días....» a todos los 1.500 alumnos que ingresaban a clases y a actividades escolares.

Su figura no desaparecía en ningún momento del colegio: estaba por primaria, por pre-escolar, con los más grandes y con los más pequeños. Se sentaba en las bancas de los corredores y allí charlaba y chistosaba con todos. Se hizo amigo de muchos, regañaba a todos. No le daba pena decir lo que pensaba ni lo que sentía.

En asuntos de salud nunca se quejaba. No alarmaba a nadie por su precario estado. Siempre estaba disponible para los momentos comunitarios. Le encantaba acudir a todos los actos inspectoriales importantes.

Vino de Popayán cargado de cajas y maletas que contenían toda su riqueza: cassetes de audio y de video llenos de temas catequéticos pastorales formativos. Tenía cintas de todos los temas salesianos: la vida de don Bosco en todas sus versiones, Domingo Savio, Mamá Margarita, documentales... y muchos tacos de VHS sobre aspectos bíblicos.

Cassetes sonoros de música colombiana, religiosa, mariana... y muchas, muchas fotos, cuadernos de fotos, muchos recuerdos...

A finales de noviembre no se sintió bien. Era domingo. Los salesianos almorcaban. Terminada la sesión pidió el favor de ser llevado a los servicios de Comfenalco que funcionan en el hospital Pablo Tobón Uribe. Despues de tres horas de hacer turno, el médico lo encontró muy mal y le decretó hospitalización inmediata. A los pocos días es trasladado al centro de la ciudad, barrio Prado, clínica El Rosario. Allí, en el

cuarto piso, pegado de muchos aparatos, permaneció 22 días. Enfermeras permanentes y cardiólogo al instante, hicieron parte de su rutina hospitalaria. Muchísima gente que lo quería fue a visitarlo y a llevarle presentes materiales para demostrarle el afecto. Allí estuvieron salesianos y salesianas, empleados y trabajadores, alumnos y exalumnos... y medio barrio de Aures. Todos los días, sin falta, lo acompañaba un buen rato, el P. Jairo Gallo, su director.

En una de esas tardes, toda la comunidad local se desplazó hasta la clínica para visitarlo y rezar el oficio de vísperas con él. El breviario no lo desamparó, y sobre el nochero era visible la camándula con la cual se comunicaba con su Madre Auxiliadora.

Pero aún así, tan limitado, no se desesperaba ni angustiaba a los demás. Siempre sereno, paciente... sabía esperar.

El momento que cruzaba era tan precario que el cardiólogo determinó operación de transplante de corazón. Quedaba, entonces, a la espera de un donante.

A finales de diciembre de nuevo a la casa de El Sufragio. Ya su hermana Margarita, venida desde el Valle, se dedica a acompañarlo y a atenderlo. Así tan impedido sale con ella y unos conocidos a ver alumbrados decembrinos, sube al «Pueblito Paisa», va hasta Sabaneta a contemplar el pesebre gigante... El 31 de diciembre, a media tarde, se fue con su hermana y unos amigos de Aures, a pasar en ambiente familiar en el barrio de sus afectos, su última noche vieja y a esperar el nuevo año. Es Que Pacli no se rendía!

Para finales de febrero de 2001 empieza a toser muy seguido. Es mala señal. El día martes 20 de febrero no asiste a los primeros actos comunitarios. Una enfermera lo atiende en su habitación. Exámenes médicos posteriores lo remiten a hospitalización al Pablo Tobón Uribe.

El miércoles 21 lo trasladan a la cardiovascular. Su hermana Margarita acude de nuevo a ponerse a su disposición. El jueves 22 ya no da muestras de Conocer a sus visitantes. Apenas si es capaz de seguir las oraciones que con él rezan Margarita y el P. Jairo. La oxigenación cerebral no es la mejor. Muchas complicaciones lo merman ostensiblemente.

A las 6:30 a.m. del domingo 25, el P. Gallo contesta la llamada que anuncia el fallecimiento de su hermano salesiano «PACLI 2001». La Virgen Santísima Auxiliadora lo dejó vivir su último 24 terrenal. Lo esperó todo ese día y al amanecer del siguiente se lo llevó a gozar de su compañía permanente.

El ataúd con el cadáver del P. Millán se colocó en la capilla del colegio. Comienzan a llegar amigos de Aures, salesianos de Antioquia alumnos, empleados...

En la parroquia de El Sufragio el P. Vicario provincial, Jorge Guillermo Toro preside la eucaristía funeraria. El P. Provincial, Armando Alvarez, se encuentra fuera de la ciudad atendiendo obligaciones de su cargo. 24 salesianos sacerdotes concelebran. Coadjutores, seminaristas salesianos, fieles del sector y de Aures, amigos participan en la Santa misa y ofrecen sufragios por él.

Inmediatamente un vuelo contratado lo lleva a su ciudad de origen. Allí, con salesianos de la Inspectoría, se oficia otra eucaristía, y el lunes 26 de febrero se procede a sepultar a quien en vida salesiana se le identificó como PACLI.

Doña Beatriz, su mamá, y don Jesús Antonio, su papá, lo recibieron con la corona celestial que se adjudica a quienes se han entregado al servicio de los demás, por amor a Jesucristo,

P. GUSTAVO CADAVID RESTREPO .

Medellín, marzo 7 de 2001

TESTIMONIOS DE SALESIANOS CERCANOS AL P. CLÍMACO ABEL MILLÁN GONZÁLEZ

Siempre definí a Clímaco, como un «libro abierto», y todo por su manera de ser franca y espontánea. No escondía su parecer ni sus conceptos sobre las personas y las cosas. Las decía con sinceridad y con el riesgo de causar malestar. Jamás utilizó la diplomacia ni calculaba las palabras para acomodarse o quedar bien. Era un hombre sencillo, extrovertido y siempre reveló con su manera de ser algo tan difícil de vivir hoy en día: mostrarse como era, sin ambages ni medidas. No había en él otra personalidad, actos ocultos, misterios escondidos. Era lo que manifestaba y vivía lo que decía. Y pensar que esa personalidad encerraba una capacidad de amistad, de una persona afectuosa y muy sensible, leal y muy amigo de sus amigos. Por eso se entregaba y era muy servicial, y los que lo conocían de lleno, lo valoraban como una persona entregada y un hombre generoso. Testigos de ello son, especialmente las gentes de Aures, la parroquia donde se desempeñó como párroco y lo quisieron, lo aceptaban como era, y lamentaron mucho su partida de allí. Y es que Clímaco era buen salesiano y religioso, y un Sacerdote sin tacha.

Muy trabajador y responsable, con su característico estilo de afanes e incapaz de hacer las cosas para buscar imagen o lucirse personalmente. Su celo apostólico era notorio, lo mismo que la preocupación por ser creativo en las faenas apostólicas. Conoció el sacrificio y la prueba de la enfermedad ya que su salud nunca fue buena. No obstante ello, cumplía con lo

encomendado, trataba de desempeñarse de la mejor forma posible y daba todo de sí, con esa alegría tan característica de él. En las intervenciones quirúrgicas que le tocó padecer, siempre se conservaba sereno, poco se quejaba y sus regímenes de alimentación o cuidados, no lo volvieron exigente ni pretencioso. Y es más, a veces descuidaba el tratamiento y le costaba llevar ciertas preferencias.

En este tiempo aquí en Madrid, recibí de él dos extensas cartas, donde me comentaba sus dificultades últimas de salud, y siempre percibí al mismo Clímaco: dispuesto a hacer la voluntad de Dios, gozoso de su vida salesiana y haciendo planes para su trabajo. Me enumeraba en detalles sus actividades pastorales, sus relaciones con los muchachos. Se sentía acogido y valorado por ellos y los padres de familia, reconocía que sus fuerzas estaban debilitadas y que se agotaba y cansaba con facilidad pero creía firmemente en que saldría adelante en esta prueba y confiaba en la medicina, pero sobre todo se abandonaba a la divina providencia.

Como compañeros que fuimos de noviciado, nos mantuvimos en contacto y cercanía, ya fuera en las casas de formación o en un lugar común de trabajo en el desaparecido aspirantado de La Ceja. Y siempre lo percibí el mismo, en cuanto a su vida de oración práctica y cumplida, sus relaciones fraternas con sus hermanos, con los que a veces chocaba precisamente por su manera de ser franca pero nunca ofensiva ni con intenciones de maltratar a nadie. Al lado de todo esto, me llamaron la atención sus gestos de humildad frente a dificultades con ellos. Cedía con la mayor sencillez y nunca guardaba rencor ni se

distanciaba de las personas. Su sensibilidad por los problemas de sus parientes era notoria, sufría frente a sus dificultades y se preocupaba por escribirles, llamarles y en la medida de sus posibilidades ayudarles en lo que fuera necesario. Lo veían como el centro de la familia, y entre ellos vino a reemplazar como consejero y guía a otro salesiano de La Unión, familiar suyo, y quien lo trajo a la comunidad, el padre Alfonso Rodríguez, fallecido en Cali en el año 80.

La partida de Clímaco, sé que muchos la sentirán, y duele porque duele la partida de las personas cercanas y sinceras en la amistad. Y él era un amigo fiel y leal.

P.Vidal Niebles Ordóñez

Corrían los primeros días del año cuando ingresé al colegio Salesiano de San Roque, en Barranquilla, a cursar los estudios correspondientes al cuarto año de bachillerato, y en aquel entonces el encargado de la catequesis y de la animación pastoral era Pacli/82, el Padre Clímaco. Un Salesiano dinámico y jovial que buscaba candidatos para engrosar el grupo vocacional del colegio. Siempre atento a preguntar - ¿qué le pasa?, ante el más mínimo asomo de tristeza o de preocupación en el rostro de un joven. Visitaba nuestras familias, nos organizaba salidas o paseos, tomaba fotos, una de sus aficiones preferidas, y siempre sonreía. Pacli, preparaba sus clases y vibraba con ellas, era exigente pero comprensivo. Amaba su sacerdocio y su ser Salesiano.

Durante su permanencia en Barranquilla deja buenos recuerdos y su nombre se conserva en la memoria de sus alumnos.

Hoy al despedirlo a la casa del Padre vuelven a brillar en la intensidad del tiempo los destellos de un pasado lleno de enseñanzas positivas, las esperanzas sembradas en las eras de los buenos deseos y la fortaleza de una vida entregada totalmente a la misión salesiana.

P. Fabián Cabarcas Rúa

Del P. Clímaco puedo decir lo siguiente: Lo Conocí al llegar al noviciado de Copacabana, el mes de Enero del año 1.966, venía él del Aspirantado de La Ceja sin terminar su bachillerato y mi persona del Colegio de Pereira en donde trabajaba como profesor. Fue un año que transcurrió en calma y en donde tuvimos como maestro al P. Angel Sepúlveda, el grupo lo formábamos 16 novicios de los cuales ya cuatro han fallecido. Hicimos nuestra profesión el 17 de Enero de 1.968 y pasamos a Rionegro (Llanogrande) en donde Clímaco va a terminar su bachillerato, Vidal Niebles y mi persona nos adelantamos y por consiguiente la relación fue muy poca; lo que sí recordamos es que fueron años muy duros, los años de la crisis y que gracias al espíritu de oración y trabajo en los oratorios Clímaco se sostiene y sale adelante (fueron dos años).

Ya no nos volvemos a ver hasta el año 1.985, en Ibagué, en donde llega como encargado de pastoral en el Dormitorio Don Bosco; trabajó allí con esmero y entrega a estos muchachos

pobres del Tolima; organizaba sus convivencias y mantenía siempre un espíritu alegre pero pesimista.

De ahí en adelante no nos volvimos a ver en el trabajo ya que andábamos por mundos muy diferentes. Recibí la parroquia San Francisco de Sales, pero no de manera directa ya que él se hallaba en España; pero sí pude constatar su entrega a los grupos, de manera especial a la Tercera edad y Damas Salesianas .

P. Jorge Eliécer Marulanda.

Me cupo en suerte compartir algunos momentos de la vida del P. Clímaco Abel Millán González, sobre todo durante algunas de nuestras etapas formativas.

Aunque cada uno por su lado, los dos llegamos en Enero de 1960 al aspirantado salesiano "Santo Domingo Savio", de La Ceja, para iniciar nuestra formación salesiana, él desde el "Quinto preparatorio" y yo desde el entonces primero de bachillerato. Juntos compartimos la vida de comunidad que se vivía en el aspirantado bajo la guía del gratamente recordado Padre Luis Forero y de un equipo de salesianos que solo se preocupaban de que nos preparáramos lo mejor posible para ser salesianos según el corazón de Don Bosco.

Desde entonces se empezaban a perfilar en él las cualidades que lo distinguirían durante toda su vida: ante todo, su temperamento, fuerte, franco, abierto sincero recto e intransigente, que lo llevaba a no callar nada de lo que sucedía a su alrededor y a provocar más de una incomodidad, sobre

todo cuando decía ciertas verdades que, a más de uno, lo podían hacer sentir mal. Siempre lo vi consecuente porque lo que pedía de los demás, se lo exigía a sí mismo.

Como religioso era observante. Hombre de oración y de detalles en la vida comunitaria, a pesar de ese su temperamento que, seguramente, le proporcionó más de un sufrimiento a lo largo de su vida comunitaria salesiana.

También, por temperamento, era una persona muy organizada y ordenada.

Tanto en su presentación personal, como en aquello que se le encomendaba, conservaba una pulcritud a toda prueba. Siempre lo vi como una persona disponible a todo aquello en lo que viera la oportunidad de colaborar y aportar.

Mantenía un sano tradicionalismo. En las casas de formación gozaba de muy buena aceptación de sus superiores, consecuencia lógica de su estricto cumplimiento en cada uno de los aspectos de la vida religiosa, en general.

La comprensión por parte de sus compañeros no siempre fue la mejor. Esto nunca fue impedimento para que él manifestara sus puntos de vista o su inconformismo.

Siempre conservó un espíritu muy salesiano; y su interés por su buen desempeño en el campo pastoral fue de toda su vida. Buena señal de esto es la aceptación y el aprecio de que gozó entre los feligreses de la Parroquia de San Francisco de Sales en el Barrio Aures; aprecio del que fuimos testigos en el momento de la muerte de su mamacita, Doña Beatriz y en el de sus propios funerales.

Lo acompañé en la vivencia intensa de su ordenación sacerdotal en La Unión (Valle) y de su primera misa solemne

allí mismo, así como en su presencia en las exequias de Doña Beatriz en las que, además de su ministerio sacerdotal, le aportó a su familia la fortaleza cristiana del que sabe que «quien cree en el Señor no morirá para siempre». De ese Señor imploramos para Él el premio prometido a todos aquellos que, además de esperar la venida de su Reino, luchamos por la pronta aparición del mismo en medio nuestro.

P. Jorge Guillermo Toro A.

DISCURSO EN LA MISA SOLEMNE

En la misa solemne celebrada en la iglesia de la Virgen del Rosario de la localidad de La Puebla de Cazalla, el día 15 de octubre de 2014, en honor de la Virgen del Rosario, patrona de la villa, se recordó la memoria de la señora Doña Beatriz de la Torre, fallecida el 15 de octubre de 2013, a los 86 años de edad, en la localidad de La Puebla de Cazalla, en la persona de su nieto, el sacerdote P. Jorge Guillermo Toro A., quien ofició la misa.

DISCURSO EN LA MISA SOLEMNE EN HONOR DE LA VIRGEN DEL ROSARIO
REALIZADA EN LA IGLESIA DE LA VIRGEN DEL ROSARIO DE LA PUEBLA DE CAZALLA

DATOS PARA EL NECROLÓGIO

P. Clímaco Abel Millán González

Nace en la Unión (Valle) el 11 de Agosto de 1945.

Muere en Medellín, el 25 de Febrero de 2001, a los 55 años
de edad,

34 años de profesión y 23 años de sacerdocio.